

Una bienvenida compasiva

por Swami Siddhananda

En 1972 yo daba clases de filosofía y misticismo de la India; era un programa experimental en una universidad cerca de Chicago. Había desarrollado interés en la experiencia directa de los estados de conciencia descritos en los textos yóguicos que yo enseñaba, y decidí que tenía que encontrar a un Guru para lograr algún avance significativo. Pude organizar un viaje de dos meses a India con doce de mis alumnos. En este viaje, ellos podrían aprender más acerca del misticismo, la meditación y de la cultura de la India, y yo podría encontrar un auténtico maestro espiritual.

Justo antes de partir, un amigo que había conocido a Baba en California en 1970 me aconsejó: “¡Asegúrate de conocer a Swami Muktananda!”. Seguí su consejo y programé que nuestra primera parada fuera en su Áshram. Sin que yo lo supiera, este amigo había escrito a Baba para decirle que un grupo de estudiantes americanos había hecho planes para conocerlo en el viaje que harían por la India.

El 25 de marzo de 1972, viajamos desde el aeropuerto en un autobús público hasta lo que entonces se conocía como el Áshram Shree Gurudev (hoy en día Gurudev Siddha Peeth). El autobús estaba lleno de personas que iban a trabajar, algunas cargando canastas llenas de mercancía para el mercado, y varias acompañadas por grandes cabras que balaban.

Mis alumnos y yo éramos como un puñado de andrajosos, vestidos con el atuendo de los jóvenes de nuestra generación —pantalones vaqueros rotos, ropa militar, playeras teñidas con nudos— con todas nuestras pertenencias embutidas en las mochilas.

Cuando entramos a Guru Chowk, el patio central del Áshram, mis ojos se toparon con un panorama sorprendente. De pie en el patio y en silencio, se encontraban varias docenas de personas inmaculadamente vestidas con ropa de

algodón sencillo. Uno de los hombres se acercó y nos saludó: “¿Les gustaría conocer a Baba?”. Con entusiasmo respondimos: “¡Sí!”.

Baba estaba sentado sobre una silla elevada, y yo pude ver cómo su atención se dirigió hacia nosotros a medida que nos acercábamos. Mientras nos presentaban, Baba nos miraba a todos de arriba a abajo. Hasta se quitó las gafas para vernos mejor. Luego, una gran sonrisa iluminó su rostro y dijo: “Ahh, puedo ver que todos ustedes provienen de buenas familias”.

Quedé encantada con las palabras de Baba. Tuve la sensación de que se refería a algo más allá de nuestros orígenes familiares. De alguna manera, sentí que Baba podía ver dentro de nuestro corazón, y que más bien decía que a pesar de nuestra apariencia desaliñada, éramos buenas personas con buenas intenciones.

Baba recibió con gran amor a nuestro pequeño grupo en su Áshram. Nos dio nuestro propio bungalow en el jardín superior y pidió que nos prepararan comida especial sin las especias picantes acostumbradas.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, leímos el horario diario del Áshram que estaba publicado en el tablero de avisos. El día empezaba a las 3:30 a.m., terminaba a las 9.00 p.m., y estaba lleno de actividades obligatorias: sesiones de canto, meditaciones, y periodos de servicio desinteresado. El Áshram de Baba era reconocido en toda la India por su estricta disciplina. Baba mismo había creado el horario para apoyar a los buscadores a experimentar su propio Ser interior.

Mis estudiantes estaban horrorizados. No querían tomar parte en nada de eso, y empezaron a guardar sus pertenencias en sus mochilas para irse. Yo me sentía en un dilema. Quería pasar más tiempo con Baba, pero como la persona responsable del grupo, sabía que si mis estudiantes se marchaban, yo tendría que irme con ellos.

Casi de inmediato recibimos un mensaje de Baba: “Quédense tres días y sean mis invitados. El único programa al que tendrán que asistir es el almuerzo”.

Los estudiantes estaban encantados. Este era un horario que ellos podían acatar. Yo, personalmente, estaba asombrada y llena de gratitud porque podría quedarme y pasar más tiempo con Baba. Así que desempacamos nuestras mochilas y nos instalamos.

Baba pidió a uno de los residentes nos mostrara el Áshram. Después pidió a alguien más que nos llevara al pueblo de Ganéshpuri a visitar el templo de Bhagavan Nityananda. Y cada día, mis estudiantes y yo nos presentábamos sin falta al almuerzo en el comedor Annapurna, donde Baba había organizado una línea de comida especial para nosotros. Nos quedamos con gusto nuestros tres días en el Áshram.

Cuando terminó nuestro viaje por India, algunos de los estudiantes empezaron a practicar las enseñanzas del sendero de Siddha Yoga. Yo proseguí hasta tomar los votos monásticos y convertirme en monja de Siddha Yoga, dedicando mi vida al servicio del Guru.

Cada vez que pienso en mi primer encuentro con Baba, recuerdo su compasión infinita para hacer posible que cada uno de nosotros, cualesquiera que fueran nuestras circunstancias, recibiéramos su gracia. Fue la bienvenida perfecta.

